

INTRODUCCIÓN

Quizá la crítica cultural que más importa, al menos para aquéllos que pensamos la cultura latinoamericana como algo más que el residuo teórico de elaboraciones centrales más o menos adscritas a las conocidas estructuras del colonialismo, sea aquella que se vincula a la raíz misma del campo interpretado, a sus más profundas y conflictivas condiciones de existencia y desarrollo histórico. Las otras direcciones posibles de la crítica cultural, comprometidas con hallazgos teóricos de último momento, o con modelos esclerosados que se mantienen como por inercia en los distintos campos disciplinarios, tienden a demostrar, más temprano que tarde, su futilidad, y a sumarse al inmenso bagaje de textos prescindibles que pueblan nuestro campo de estudio.

El trabajo de Antonio Cornejo-Polar, a quien rendimos homenaje en este volumen, pertenece, por cierto, a la primera clase. Durante varias décadas, su obra alimentó la reflexión más seria y articulada que se haya producido en el Perú desde la época de José Carlos Mariátegui y el proyecto cultural que el autor de los *Siete ensayos* centralizara en torno a la revista *Amauta*. Como en éste, la obra de Cornejo-Polar no pretendió nunca extenderse más allá de los límites de su objeto de estudio: la que Ángel Rama llamara “el área cultural andina”, y particularmente la referida a la región peruana. No pretendió, por cierto, fundar un paradigma más o menos definitivo, ni descalificar otros intentos de acercamiento a la cuestión indígena, ni agotar las avenidas críticas y teóricas que pueden recorrerse para ir iluminando poco a poco la compleja red de antinomias, aberraciones y pretextos en la que se ha venido enredando, desde la Colonia, lo que Mariátegui llamara, modesta y puntualmente, “el problema del indio”, y que hoy, envolvemos con nombres más sofisticados y eufemísticos: otredad, alteridad, diferencia, subalternidad.

Sin embargo, y a pesar de lo acotado del proyecto de Cornejo-Polar, en su caso, como en el del “Amauta”, el acercamiento a la problemática cultural andina pasó a constituir un modelo de interpretación aplicable a múltiples aspectos de la cultura latinoamericana y a distintos momentos de su historia. También como en el caso de Mariátegui, el trabajo crítico de Antonio Cornejo-Polar fue esencialmente político, en el más alto sentido del término: crece y se desarrolla a partir de una concepción dinámica de la cultura, como

proceso que se va definiendo en relación tensa y conflictiva con el poder, como expresión de los distintos estratos que componen la sociedad civil en sus diversas modalidades de integración o resistencia a los proyectos dominantes y a las instituciones.

En los dos críticos hay, asimismo, un marcado énfasis en la coexistencia conflictiva de distintos sistemas que, compartiendo un mismo espacio/ tiempo “nacional”, se alimentan de tradiciones bien diferenciadas e incluso contrapuestas, desde el traumático origen colonial hasta la no menos fracturada contemporaneidad. La crítica es, en ambos, un ejercicio de desmontaje ideológico, mucho más que hermenéutica, comentario impresionista o propaganda, y es por eso que sus postulados permanecen y se extienden más allá de los textos o situaciones culturales concretas que los inspiraron originalmente.

En ambos críticos, finalmente, la interpretación cultural no constituyó nunca un fin en sí misma, sino un punto de partida, una labor de catalización intelectual y crítica y una convocatoria que se extendió desde la reflexión personal sobre los fenómenos analizados hasta la elaboración colectiva, articulando el trabajo de investigadores, pensadores y discípulos que contribuyeron y siguen contribuyendo a expandir la pasión por la crítica entendida ésta, eminentemente, como ejercicio de la libertad de pensamiento y compromiso ético con el objeto de estudio.

De ahí que en ambos autores la revista haya sido un órgano no sólo cultural e intelectualmente funcional, sino un producto simbólico, una oferta y un llamado, una plataforma de lucha, de reivindicación y debate, una apuesta al valor colectivo de la producción cultural, a la necesidad de respuestas inmediatas, dialógicas, nunca definitivas. Un espacio, también, de experimentación ideológica, desde el cual explorar distintas direcciones y metodologías, en el asedio incansable de las formas históricas y culturales.

Muchos de los colaboradores de este volumen, incluida quien escribe estas líneas, se formaron a partir de las páginas ofrecidas por la *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, producida ininterrumpidamente desde 1975 gracias a la tesonera labor de Antonio y Cristina Cornejo, y deben a la apertura y generosidad de esa publicación buena parte del impulso necesario para el trabajo intelectual. Muchos pueden agregar también a ese privilegio el de haber disfrutado de primera mano de la constante labor pedagógica de su director, ejercida siempre con la necesaria dosis de rigor, honestidad y sentido del humor, no sólo desde el aula sino en toda ocasión de intercambio de ideas, polémica y diseño de proyectos comunes. Este libro quiere, de alguna manera, evocar esa dedicación a la investigación y la lectura, y la fidelidad a una búsqueda sin concesiones de las raíces más profundas del problema indígena en sus distintas manifestaciones históricas.

La crítica indigenista atraviesa hoy, como en otras etapas de su historia, un momento álgido de redefinición teórico-ideológica. La reflexión poscolonial y los fenómenos de globalización han conducido a un replanteo de las problemáticas regionales, y han obligado a repensar el lugar de América

Latina no sólo en el ámbito de las relaciones internacionales sino en el contexto discursivo interdisciplinario que busca definir el papel y grados de integración de los “saberes locales” dentro de los parámetros del occidentalismo dominante.

Por su parte, la revisión de las ideas de *nación*, *pueblo*, *ciudadanía*, ha hecho volver nuevamente sobre los conceptos que definen la articulación de distintos sectores sociales, etnias y culturas en Latinoamérica: mestizaje, sincretismo, utopía, migración, marginalidad, hegemonía, como modo de explorar, desde nuevas perspectivas, las bases sobre las que se construye la nación latinoamericana y los alcances e implicancias reales de ese proyecto para los vastos y diversos grupos sociales que la componen.

Finalmente, la conciencia de la heterogeneidad latinoamericana, en los términos en que la definiera Cornejo-Polar, como coexistencia conflictiva de diversos sistemas en las totalidades nacionales o regionales, ha llevado a enfocar el tema de la identidad latinoamericana desde nuevas premisas de análisis cultural, desafiando las taxonomías, prototipos y esquemas que rigieron el indigenismo en sus primeras y más ingenuas formulaciones, en las que el letrado se asumía como intérprete y portavoz privilegiado de sectores siempre excluidos del proyecto ilustrado y, sus formas de institucionalización dentro de la estructura de la nación no modernizada.

Por un lado, la elaboración identitaria no presenta ya, en la reflexión actual, el sentido conciliatorio, nivelador y fijo que le asignara la conciencia burguesa en las etapas de consolidación de la nación moderna. Desafiando sus propias premisas, la elaboración identitaria funciona en el contexto actual como una crítica de la noción de sujeto y como una apertura a la teoría de la alteridad y a la comprensión de las dinámicas internas que gobiernan el desarrollo histórico de la sociedad civil.

Por otro lado, la mediación letrada constituye ella misma tema de reflexión, ya que en la figura del autor, misionero, pedagogo, crítico, político, legislador, etc., se anudan las múltiples contradicciones entre tradición y contemporaneidad, colonización e independencia, escritura y oralidad, letra sagrada y paganismo, poder y pueblo, que subyacen en el proceso de formación de naciones y consolidación del aparato estatal en América Latina, desde la Colonia a nuestros días. De ahí que el fenómeno de transculturación, tanto como la noción de heterogeneidad, sean esenciales para entender los procesos de apropiación, redimensionamiento y resistencia cultural que se producen como consecuencia de la colonización y de los flujos modernizadores que imprimen sobre América, desde el Descubrimiento, la huella del poder metropolitano y de la hegemonía criolla que afirma su predominio político-económico ya desde las etapas proto-nacionales.

Los apartados en los que se divide este volumen se refieren a tres grandes campos que atañen, de distinta manera, a la crítica indigenista, y a los cuales Cornejo-Polar hiciera, en su larga carrera, ni portar ni tantas contribuciones. En los tres se plantean los temas arriba mencionados: la problemática del colonialismo, la lengua y la escritura como interpretación y representación

de la “otredad” americana, la relación entre región y nación, y las diversas formas de entender las identidades colectivas y el lugar de la cultura indígena dentro de los conglomerados mayores que las articulan a través de diversas estrategias económicas, políticas y culturales.

La primera parte del libro, titulada **Colonialismo, culturas indígenas y discurso criollo**, se enfoca en los complejos intercambios culturales del mundo colonial, cuando la dominación española se impone sobre el sistema de creencias indígenas y sobre las formas de organización política y social que preceden a la llegada de los conquistadores o que sobreviven a su dominación. Los trabajos de Verónica Salles-Reese y Frank Graziano se abocan al estudio del tema religioso como manifestación de la cultura sometida dentro de la vigilante estructura del poder imperial. La primera trabaja esencialmente las manifestaciones referidas al clandestino sincretismo en que los cultos locales se combinaban y redimensionaban bajo la dominante cristiana, que exporta a América el binarismo que opone deidades y demonios como polos de la ética y la religiosidad del conquistador. Salles-Reese prefiere hablar, en este contexto, de “mestizaje” religioso, para enfocar el proceso de transculturación que se opera sobre el colonizado, en el que sobrevive, sin embargo, la tradición indígena como vertiente viva y diferenciada que acompaña los cultos cristianos con sus idolatrías, ritos y fiestas populares. Frank Graziano, por su parte, estudia el mito de Inkarrí (el Inca/ Rey), y el trasiego simbólico que se produce entre la vertiente andina y la matriz cristiana, haciendo así del cuerpo martirizado el centro de una combinatoria en que se articulan localismo y universalidad, paganismo y dogma cristiano, mitología y doctrina.

En el mismo apartado, el estudio de Beatriz Pastor sobre el Inca Garcilaso enfoca el tema del utopismo historiográfico en los *Comentarios Reales*. Analiza allí aspectos relacionados con la representación del Incario y en particular con algunos episodios claves dentro de la historia del enfrentamiento entre incas y españoles, tales como la traición de Cajamarca, estudiada como momento representativo del proceso de resistencia colonial y autfiguración incaica. Pastor persigue fundamentalmente la función que cumple en la obra del Inca la estrategia idealizadora: principalmente como “legitimación del sujeto, autorización del mensaje [y] creación de un espacio simbólico de negociación”. Es central, en este sentido, la importancia conferida a la lengua (y al problema de la “competencia lingüística”) como instrumento de diálogo, resistencia y construcción de sujetos en el mundo colonial. Conocimiento y comunicación son entonces aspectos centrales para la definición de identidades, y los *Comentarios* un momento esencial en la *inscripción* del Incario dentro del espacio cultural de Occidente pero también dentro de la secuencia histórica andina que reivindica su particularismo cultural en el contexto de la dominación colonialista.

El tema de la lengua es también esencial en el ámbito de la Nueva España, para entender los intercambios culturales que se producen en el contexto colonizador. En ese espacio Maureen Ahern estudia aspectos de la Guerra Chichimeca basándose en un memorial de 1563 que informa sobre las

interacciones entre miembros de la sociedad náhuatl y colonizadores españoles. El artículo enfoca principalmente el proceso de formación de identidades fronterizas y el lugar que las lenguas (náhuatl y castellano) tuvieron en las interacciones culturales que caracterizaron esa instancia del encuentro colonizador. Asimismo, Ahern releva la importancia de la oralidad y de ciertas formas de performance en los procesos de autorrepresentación y construcción de subjetividades colectivas en el contexto social analizado.

Este apartado se cierra con un trabajo de José Antonio Mazzotti, “Indigenismos de ayer: prototipos perdurables del discurso criollo”, en el que se analizan algunas líneas discursivas que, arrancando de la cultura virreinal, se insertan y desarrollan en el indigenismo que durante el siglo XIX ensaya formas de incorporación de las sociedades indígenas a los proyectos de formación y consolidación nacional en América Latina. Mazzotti se adentra en el estudio del discurso letrado y de la “identidad relaciona]” (Cornejo-Polar) que cada grupo desarrolla como base para la interacción interétnica. El estudio analiza diversas fuentes en las que se apoya tanto el temprano “indigenismo criollo” de defensa del indio como el que elaboran autores de origen indígena y mestizo que dan a conocer su propia versión del pasado y de las consecuencias de la Conquista. El estudio demuestra la persistencia de paradigmas y tópicos de representación indígena que, desde las primeras etapas de la dominación española, han servido como modelo para una conceptualización de la “otredad” americana. El artículo de Mazzotti enfatiza así las líneas de continuidad ideológico-discursiva que pueden percibirse entre Colonia y República, y sirve de transición a los estudios que analizan la inscripción de la cuestión indígena dentro del amplio enarco del pensamiento republicano y liberal bajo cuyos auspicios nacieron y se desarrollan los nacionalismos latinoamericanos.

Indigenismo y nación reúne una serie de estudios acerca de textos o fenómenos culturales que están íntimamente relacionados con el diseño de la nación moderna en América Latina. A través de ellos, puede entenderse el papel que jugaron, desde el nacimiento de la nación latinoamericana los problemas de género y etnia, y cómo ambos se integran en los proyectos de incorporación de la cuestión indígena y en la elaboración de las identidades nacionales y regionales.

El estudio de Jesús Díaz-Caballero analiza el momento de transición de la época colonial a la republicana y la formación del imaginario nacionalista, dentro del cual se destaca la integración de los cultos marianos absorbidos y reelaborados por las elites criollas, como parte de su proyecto de consolidación político-cultural y desarrollo del proyecto ilustrado. Comparando los casos de México y la región andina, Díaz-Caballero analiza, dialogando implícitamente con los estudios de Graziano y Salles-Reese, aspectos de la transculturación aplicada al terreno de la creencia y la constitución de subjetividades colectivas en el mundo indígena y criollo. La inscripción de los cultos marianos como parte del discurso de legitimación de la Conquista permite relevar un aspecto esencial de la inserción de la tradición letrada en

las culturas indígenas, y el modo en que a su vez esa vertiente metropolitana va absorbiendo el impacto de las culturas dominadas. Díaz-Caballero estudia el sincretismo religioso en sus variadas articulaciones con la ideología secularizadora del discurso libertador y como base para la construcción de un imaginario criollo que renodula y da nuevo significado ideológico y cultural a la herencia colonial.

El trabajo de Ana Peluffo enfoca la pionera novela de Clorinda Matto de Turner, *Aves sin nido*, a partir de la perspectiva del género (tanto sexual como literario), descubriendo en la matriz romántico-sentimental de la narración una vertiente sumergida de la identidad nacional peruana de fines del siglo XIX. El sentimentalismo sirve, según Peluffo, como estrategia y recurso ideológico a partir del cual la voz femenina reivindica el ámbito de lo doméstico, y los registros de la moralidad y la emoción como rasgos de una subjetividad desplazada de los proyectos dominantes. De acuerdo con el análisis de Ana Peluffo, la novela de Matto de Turner incorpora por esta vía una interpelación estético-ideológica que propone al lector un modelo alternativo de nación e interacción social, donde adquieren representación sujetos marginalizados por el patriarcalismo republicano.

Por su parte, Guido Podestá y José Castro-Urioste se refieren a autores que plantean también, a través de sus textos, alternativas a las elaboraciones identitarias dominantes en su momento histórico. El caso de Abelardo Gamarra, estudiado por Podestá, nos enfrenta al problema de la canonización literaria sobre todo en lo que se refiere a obras que desafían criterios normativos proponiendo una visión oblicua del mundo representado, o haciendo uso de un lenguaje que se aparta de los usos más recibidos en los círculos cultos. Podestá percibe en la obra de Gamarra sobre todo el valor de esa desviación, y el registro que hace de la modernidad, en las primeras décadas del siglo. Este autor al tomar la perspectiva del forastero en su propio país, ilustra las rearticulaciones que favorece la migración, interna o externa, que moviliza sujetos, visiones del mundo, retóricas y agendas culturales, dentro del espacio en que se desenvuelve la sociedad civil.

En la obra de López Albújar el estudio de Castro-Urioste resalta fundamentalmente la perspectiva multicultural desde la cual se construye una determinada visión del grupo indígena andino para fortalecer la identidad nacional elaborada a partir de los parámetros de la cultura urbana. Castro-Urioste descubre en la narrativa del autor de *los Cuentos andinos* la exploración, no exenta de contradicciones, de una imagen utópica de la nación peruana como espacio de conciliación racial y cultural en sentido amplio, donde los distintos sectores sociales se articulan y desarticulan mostrando el conflicto inherente a la sociedad andina y a su condición subalterna. CastroUrioste atraviesa distintos niveles semánticos para poner de manifiesto a un López Albújar fermental y a veces despiadado en su representación de las fracturas sociales e ideológicas del Perú en las primeras décadas del siglo.

Eugenio Chang-Rodríguez releva un aspecto importante y con frecuencia descuidado de la obra de Mariátegui y en particular de la que llevó a cabo desde las páginas de la revista *Amauta*: su atención a la lucha social de la

mujer y su apertura a la producción femenina como componente esencial a la construcción de una cultura nacional en el Perú y en los distintos países latinoamericanos. Chang-Rodríguez muestra la evolución del pensamiento y de la acción cultural mariateguiana, desde las primeras y más ambiguas crónicas del autor de los *Siete ensayos* hasta su más decidido reconocimiento de la importancia de la lucha de la mujer por adquirir derechos civiles e igualdad política y jurídica, posición que empieza a desarrollar principalmente después de su regreso de Europa. A partir de ese momento, Anzauta se transforma en uno de los principales órganos latinoamericanos en la divulgación de creación literaria femenina, en el apoyo a la reivindicación de los derechos de la mujer y, en general, del pensamiento feminista que se desarrollaba ya a nivel continental.

Los estudios de Rebaza-Soraluz, Zevallos-Aguilar y Landreau se refieren a distintos aspectos de la obra de José María Arguedas, pero confluyen en la valoración crítica de los aportes que el escritor peruano realizara para una relectura de la identidad nacional y de las interrelaciones entre las distintas vertientes que componen la sociedad andina.

Luis Rebaza-Soraluz inscribe la obra de José María Arguedas y la de Javier Sologuren en el contexto de la redefinición de la cultura andina que tiene lugar en las décadas de los años treinta y cuarenta en el Perú. Estudia, principalmente, la construcción de subjetividades a partir de los recursos que provee la tradición estética y particularmente de los que abre la lengua quechua como espacio alternativo de comunicación y expresión colectiva.

Juan Zevallos-Aguilar concentra su análisis en la ritual danza de las tijeras tal como aparece representada en la obra de Arguedas, particularmente en su cuento "La agonía de Rasuñiti", en la que el baile remarca la especificidad y supervivencia de la cultura quechua. Zevallos resalta el carácter etnográfico que con frecuencia asume la literatura de Arguedas, y la particular significación de este baile que, arraigado a las más antiguas tradiciones indígenas de la región andina, es retomado y desnaturalizado en un video actual que intenta reproducir aspectos audiovisuales desplazados de la narración arguediana. Zevallos problematiza así la relación interdisciplinaria (literatura/antropología) y otras cuestiones inherentes al tema de la representación estético-cultural, en sus derivaciones sociales e ideológicas.

John Landreau, por su parte, explora principalmente la dimensión autobiográfica en la obra del autor de *Los ríos profundos* como estructura que potencia su proyecto literario y sus propuestas sobre la identidad transcultural en el Perú. El crítico estudia la construcción del espacio autobiográfico como paradigma interpretativo que se proyecta como modelo dominante sobre la producción y recepción de la obra arguediana.

Cerrando este apartado, Alejandro Solomianski propone una lectura actualizada de *Hombres de maíz* desde la perspectiva de la problemática que aporta el debate posmodernista y la incorporación de los conceptos de heterogeneidad y transculturación al estudio de la obra de Miguel Ángel Asturias.

Solomianski analiza *Hombres de maíz* como “discurso estético de resistencia anticapitalista”, en tanto reivindicación de identidades culturales “primitivas” amenazadas por las agendas de la globalización. Adentrándose en la abigarrada escritura asturiana, Solomianski analiza la elaboración a través de la cual se sitúa la cultura popular (el universo mítico, el folklore) en contraposición al orden capitalista, y los espacios de resistencia que crea la narración en torno a la representación de los diversos sectores sociales y sus tensas interacciones en el conflictivo contexto de la modernidad.

Los artículos que se agrupan bajo el título de **Indigenismo y globalización: debates actuales** reúne un grupo variado de trabajos en los que se discute el lugar de la problemática regional dentro de nuevas teorizaciones y eu variadas localizaciones geoculturales: Ecuador, el noroeste argentino, Guatemala, la selva Lacandona, entre otros. A través de estos estudios puede vislumbrarse, de diversas maneras, la proyección de la problemática indigenista y sus distintas direcciones en el contexto de cuestiones de enorme vigencia en el fin de nuestro siglo: la cuestión ecológica, el tema de las integraciones regionales, el resurgimiento de regionalismos y movimientos comunitarios “adormecidos” durante la modernidad, la impugnación, desde nuevas perspectivas, de los discursos occidentalistas, los mitos iluministas y la utopía de la nación-estado, la problemática del mercado y la negociación de identidades impactadas por el comercio de los bienes simbólicos, etc. Cada uno de estos trabajos estudia aspectos diferentes, más o menos particularizados, de la problemática indigenista a nivel continental y con atención a coyunturas propias de nuestro momento histórico-cultural marcado por las dinámicas diaspóricas o migrantes tanto como por las que refuerzan la búsqueda de un centro identitario que cada comunidad sitúa en distintos lugares del espacio, la historia o la creencia.

Mi trabajo sobre “Indigenismo y globalización” intenta situar, en el contexto de las actuales estrategias de “mundialización”, el lugar del indigenismo como espacio desde el que se reivindican los “saberes locales” contra el universalismo inherente en las totalizaciones occidentalistas. En este contexto, la problemática indigenista busca fundar un paradigma críticoteórico desde el cual explorar las relaciones hegemonía/subalternidad reivindicando la preeminencia del particularismo étnico, lingüístico, económico, cultural frente a posturas homogeneizantes y reductivistas. El artículo plantea los desafíos actuales del indigenismo analizando aportes de Mariátegui y Cornejo-Polar en la definición de los sujetos y espacios discursivos que configura la crítica indigenista, y ubica la problemática de la integración regional y continental de acuerdo a los conflictos que son propios de América Latina.

Raúl Bueno enfoca los fenómenos de migración interna del campo a las ciudades latinoamericanas, viéndolo como una de las dinámicas principales que ha logrado invertir el modelo civilizador instalado desde la Conquista, que consistía en difundir el orden cultural a partir de los centros urbanos. Según Bueno, a partir de estos fenómenos migratorios, las ciudades son las

que registran la redefinición cultural impuesta por los nuevos sujetos provenientes de las áreas rurales y portadores de culturas subalternizadas por el orden urbano. Raúl Bueno potencia el concepto de heterogeneidad y las últimas reflexiones de Cornejo-Polar sobre el sujeto migrante, ampliando sus aplicaciones y connotaciones primarias. Al referirse a la “crisis del modelo radial de cultura”, el autor de este artículo discute los alcances de la *ciudad letrada* y plantea algunas de las posibles consecuencias de este fenómeno de contraconquista contemporánea que está cambiando la idea y la vivencia de la nación.

El trabajo de John Beverley se articula como una crítica al concepto de transculturación de Ángel Rama, y como cuestionamiento del predominio que el crítico uruguayo confiere a la *ciudad letrada* en los procesos de producción e institucionalización cultural. Aplicándose a varios casos que van desde la obra colonial *Ollantay* hasta la revolución sandinista, pasando por Rigoberta Menchú y otras situaciones de enfrentamiento cultural en el Ecuador contemporáneo, el artículo explora la instrumentalidad de la noción de sociedad civil, la crítica a la conceptualización moderna de hegemonía, y el lugar del olvido/memoria como elemento constitutivo de la subjetividad migrante.

En el caso del estudio de Ricardo Kaliman, se reflexiona sobre el tema de la identidad refiriéndola a la situación específica de los grupos humanos que habitan la región de los Valles Calchaquíes en el noroeste argentino. Esta identidad “vallista” se desarrolla en tanto alteridad con respecto a la identidad nacional “neoeuropea”, dejando al descubierto un elemento de heterogeneidad y conflicto que desafía el concepto de nación como unidad étnico-cultural. El artículo analiza el discurso indigenista surgido en torno a grupos como el vallista y otros similares, cuya identidad comunitaria se contrapone a la elaboración de la vertiente gauchesca, considerada tradicionalmente como la dominante vernácula y la vertiente más autóctona en la elaboración identitaria argentina desde el siglo XIX.

Para el caso de Guatemala, el estudio sobre la cuestión étnica realizado por Mario Roberto Morales se concentra en la dinámica que compromete a los sectores mayas y ladinos, activada principalmente como consecuencia de la guerra civil que asoló al país desde la década de los años sesenta. El autodenominado “movimiento maya” se inserta justamente en el cruce de discursos sobre la etnicidad que luchan por la definición de subjetividades colectivas elaborando el tema de la diferencia y la pureza racial y el de la representatividad ideológica de los distintos grupos que se articulan en la totalidad nacional. Morales analiza el conjunto de nuevos movimientos sociales de carácter étnico surgidos a consecuencia de la movilización popular, desde distintas vertientes ideológicas, y las relaciones que éstos mantienen entre sí y con respecto a la sociedad civil y a las instituciones del Estado. De la problemática multiétnica y multicultural, Morales pasa a introducir el tema del mercado y la negociación de identidades que se producen en el proceso de democratización del espacio nacional, y plantea la pregunta acerca del

papel histórico y político que corresponderá a estas identidades que han convertido la cuestión étnica en su principal bandera de lucha: nuevos desafíos para una ideología del mestizaje denunciada con frecuencia por su carácter conciliatorio y homogeneizante, y que Morales interpreta, en la encrucijada de hoy, como un espacio discursivo de articulación transculturadora y democratización interétnica.

Cerrando el volumen, el estudio de Cynthia Steele se concentra en la comparación de crónicas en las que se relatan expediciones americanas realizadas en la Selva Lacandona de Chiapas, convertida desde fines del siglo XIX en espacio de intercambios culturales y laboratorio de encuentro interracial. Su análisis descubre las figuras de los pioneros expedicionarios, la reconstrucción del paisaje y sobre todo las interacciones sociales como instancias de un relato histórico-etnográfico frecuentemente contradictorio, a veces poético y casi siempre teñido por la subjetividad interpretativa y las perspectivas culturales del relator. Colonialismo, transculturación, subalternización, descubrimiento y desencubrimiento de la otredad y de la propia identidad que se va definiendo en el proceso de la confrontación cultural, son algunos de los temas que introduce el artículo de Steele, que nos llama la atención sobre aspectos esenciales de la relación intercultural, y de las visiones/versiones que se construyen en el proceso de traducir discursivamente la experiencia y la mirada. La "zona de contacto" lacandona adquiere, así, un valor significativo, casi alegórico en su facilitamiento fermental de vivencias y relatos que entregan los fragmentos de subjetividades euro-americanas, mexicanas y mayas que interactúan y compiten por la hegemonía interpretativa y representacional.

De esta manera, en trabajos que recorren la historia latinoamericana desde el período colonial hasta la actualidad, este libro se propone, modestamente, como una contribución a la temática a la que Antonio Cornejo Polar tanto aportara, durante los muchos años que dedicara a la crítica literaria y cultural. En todos y cada uno de los estudios incluidos en este volumen se perciben, explícitas o no, las sendas abiertas por su incansable trabajo crítico: su modo de conceptualizar la cuestión indígena como el punto en que se anudan y radicalizan las contradicciones de un continente surgido de la violencia colonizadora, su percepción de las múltiples vertientes y sistemas culturales que recorren la totalidad continental y desafían todo proyecto de nivelación identitaria, sus lecturas sagaces de los más representativos autores y procesos de la historia cultural del continente, su atención a los gestos culturales, coyunturas político-ideológicas e inscripciones de la creencia, la oralidad o el mito en el imaginario letrado.

Desde hace varias décadas, y de ahora en más, pensar la problemática indigenista es recordar la labor incansable, la porfiada fe en el trabajo crítico e interpretativo, la generosidad, la tolerancia sin concesiones, el rigor y la fuerza intelectual de Antonio Cornejo Polar. Es verificar la solidez y productividad de sus análisis y celebrar el privilegio de haber podido compartir con él la pasión por la cultura y la fe en América Latina. Es, también,

trabajar por mantener fértil y transitada la ruta que él abriera para que todos entendiéramos mejor el sentido y compromiso de nuestro trabajo y para que nos adentráramos en la interioridad de un continente sorprendente, ignorado, que él contribuyó, en gran medida, a presentar en toda su desafiante complejidad. Pensar la problemática indigenista, es, entonces, seguir compartiendo con Antonio un mismo espacio de intercambios, ideas e interrogantes y, en este proceso, confirmar su presencia, sabia y reconfortante, entre todos nosotros.

Mabel Moraña